

Boticas monásticas benedictinas

Uno de nuestros colaboradores en la investigación del pasado por tierras burgalesas, ha publicado en el número 26 del «Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia» (año VII-junio 1956) unas referencias a los Monasterios de San Pedro de Arlanza, San Pedro de Cardena y San Salvador de Oña, en un estudio que comprende, además, a San Benito el Real, de Valladolid, a San Julián de Samos, a Santa María la Real, de Nájera, y a San Millán de la Cogolla, del que publicamos solamente la parte que corresponde al solar burgalés.

Su autor, el farmacéutico don Rafael Lizárraga Lecue, que es socio fundador (con uno de los primeros números) de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia, y ejerce su profesión en Bilbao, ya nos deleitó en el año 1958 con su documentadísima e interesante conferencia sobre la botica del Real Monasterio de Santo Domingo de Silos, reseñada en nuestro «Boletín» número 142, y recogida íntegramente en una publicación de ochenta páginas, de la Institución Fernán González, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes, con prólogo del Excmo. Sr. don Joaquín de Zuazagoitia.

Al ampliar ahora su colaboración a estas tres mencionadas abadías y facilitarnos su texto para publicar en el «Boletín», no sólo nos congratulamos y agradecemos su deferencia, sino que aprovechamos la ocasión para reconocer su provechoso espíritu investigador, su erudición y sus extraordinarias dotes de atinado y consecuente explorador de archivos.

El original que nos proporciona el señor Lizárraga Lecue, dice así:

A pesar de lo sugestivo que es el tema de las Boticas Monásticas, no se ha hecho un estudio sistemático de las mismas, quedando un vacío que llenar en la Historia General de la Farmacia. Es sugestivo el tema, tanto por el relieve singular que alcanzaron algunas de las figuras de sus monjes boticarios, como por la importancia de los restos, en algunos casos

extraordinarios, que nos permiten admirar lo suntuoso de sus instalaciones.

El tema es difícil, en primer lugar por su variedad y amplitud, pues fueron muchísimos los Monasterios y Conventos de muy diversas Ordenes Religiosas que instalaron en sus recintos tales boticas, y en segundo, porque por todos, sin excepción, pasó feroz el azote de la exclaustación, con los subsiguientes años de abandono y desolación, que rompiendo la continuidad de su vida, destruyeron o dispersaron el material de estudio: botamen, mobiliario, bibliotecas, utensilios, dificultando o imposibilitando su identificación; aparte de que en las memorias y crónicas de los Monasterios se relatan, es claro, las efemérides gloriosas de sus jornadas, los hechos y obras de marcada notoriedad de sus grandes Abades, siendo nulas o parcas las noticias de estos menesteres cotidianos, callados, que en el manso fluir de la vida de los claustros se desarrollaría en aquellas recoletas boticas y huertos monacales.

San Pedro de Arlanza

La fundación de este Monasterio es imprecisa. Con la ayuda y favor del Conde Fernán González, comienza su importancia. El Conde lo elige para su sepultura. Era ya un viejo edificio cuando le canta el monje anónimo en el poema:

«San Pedro había nombre esa casa sagrada»

Al quedar abandonado en la exclaustación, pasó a manos particulares, que no lo han restaurado. Hoy en día sus edificios monasteriales son imponentes y desoladas ruinas arrulladas por el eterno canto del río.

Hasta ahora creímos que todas las grandes abadías benedictinas tuvieron boticas; claro es que en muchas no es posible demostrarlo ante la falta absoluta de datos, pero esta negativa, siempre condicionada, en espera de más afortunados o eruditos investigadores, que a la vista de enseres, documentos, citas o referencias, nos demuestran su existencia. Pero en el caso del Monasterio de Arlanza, creemos poder afirmar que no la tuvo.

Ha terminado la guerra de sucesión. Parece que los PP. de San Martín de Madrid, no fueron afectos a la casa Borbónica. El día 26 de agosto de 1711 comienza una copiosa correspondencia entre el Marqués de Mejorada y el General de la Congregación de Valladolid, P. Magaña. El Marqués se queja de la conducta poco afecta a los franceses y favorable al Archiduque de algunos Padres, en especial del Padre Lardito — entonces Abad de San Martín, ex-General — del insigne escritor P. Berganza y



Orza policromada de supuesta procedencia de la botica,
y manufacturada en el Monasterio de Oña.

del P. Peña — ex-Abad de Samos y ex-General etc. El resultado fue que hubo deposición de cargos, encarcelamiento y destierros; parece que se ensañaron con el P. Lardito. El día 11 de septiembre de 1711, el Marqués ordena su destierro.

«... salga desterrado de Madrid este Abad y se le ponga en un Convento de su religión de los más distantes y apartados».

El Monasterio elegido fue Arlanza.

«donde ni había médico ni botica para atender al anciano y achacoso ex-General» (1)

La referencia es concreta e indiscutible: no había Botica en Arlanza a primeros del siglo XVIII. Tampoco la había a mediados de siglo; en el apartado Lugares y Salarios de 15 de julio de 1752, de las cuentas del P. Gregorio Hoyos, Boticario del Monasterio de Silos, dice:

«... el Monasterio de San Pedro de Arlanza y el nuestro de San Francisco de Silos, la mitad de su valor las recetas».

En los libros de cuentas del P. Fulgencio Palomero, último monje Boticario de Silos, hay dos recibos de suministros al Monasterio de Arlanza, uno de 29 de diciembre de 1928:

«Pagó el Monasterio de Arlanza cuatrocientos treinta y ocho reales de cuatro años por medicinas».

y el otro de 23 de agosto de 1834 —ya en vísperas de la exclaustración—:

«Una cuenta de cuatrocientos setenta y seis reales del Monasterio de Arlanza».

¿Por qué no se instaló botica en el Monasterio de Arlanza? No hallamos más explicación de su relativa proximidad a Covarrubias (2), de la que le separa una legua por fácil camino ribereño. Tampoco está lejos del Monasterio de Silos, del que separan tres horas de abrupto camino de monte y que desde 1709 tenía instalada una espléndida botica.

1) De las notas de Fray Mateo del Alamo, O. S. B. Bibliotecario de Silos, fallecido, para su obra. *Historia General y Literaria de la Congregación de San Benito de Valladolid*.

2) A mediados del siglo XVII, consta la existencia de buena botica en Covarrubias. Decimos de buena, porque, a pesar de haber una instalada en la villa de Silos, hay recibos de esta época en que del Monasterio se pedían medicinas a Covarrubias.

San Pedro de Cardeña

A pocos kilometros de Burgos se alza imponente este Monasterio. Su fundación está muy envuelta en oscuridades, comenzando a oírse su voz documentada en el siglo X. En él fue enterrado el Cid; sigue en pie atalayando el paisaje la torre, cuyas campanas sonaron alborozadas cuando le visitó el Cid, camino del destierro:

«Tannen las campanas de Sant Pero a clamor»

Hace muy pocos años que lo habitan los monjes trapenses, salvándolo de inminente ruina.

Muy poco hemos podido averiguar referente a la botica de este viejo Monasterio; solamente una noticia, pero ésta es bien precisa para asegurar su existencia.

El día 17 de diciembre de 1765, se celebra Capítulo en el Monasterio de Silos, y

«propuso su Paternidad, que tenía carta del P. Abad de Cardeña, en que le pedía con mucha instancia le enviase al P. Fray Benito Curiel, para que rigiese la botica de aquella Casa, interin encontraba mancebo que pudiese gobernarla, pues si no, tenía que cerrarla».

Se resolvió que se enviase y se avisase al P. General, que se hallaba en Barcelona.

En las Memorias del P. Rodrigo Echevarría (3), figura el P. Benito Curiel, como natural de Nájera, de profesión boticario, añadiendo que parece que no ejerció. Interpretamos esta frase de «no ejerció» pensando si se referiría al tiempo anterior a su entrada en el Claustro. Dentro de él, es de suponer trabajase al lado del P. Saracha, que entonces regía la botica de Silos. Lo hace también suponer el que fuese conocido fuera del Monasterio por su condición de boticario, pues la solicitud le pide concretamente a él.

San Salvador de Oña

Se asienta este Monasterio en un repliegue de los Montes Obarenes. Lo funda el Conde de Castilla, Don Sancho, el de los Buenos Fueros, para que lo rija su hija Tigridia. Cuando Castilla queda anexionada a Navarra, donde reina Don Sancho el Mayor; éste separa a las monjas

(3) Ultimo Abad silense anterior a la exclaustación.

—era Monasterio dúplice— introduciendo en el Monasterio único la observancia de Cluny.

El año 1880 es restaurado por los PP. de la Compañía de Jesús, que establecieron en él el Colegio Máximo de San Francisco Javier.

El monje Fray Iñigo de Barreda, O. S. B. escribió el año 1771 una vida de San Iñigo. (4) El P. Enrique Herrera Oria, S. J. publicó con el nombre de «Oña y su Real Monasterio», (5) una parte de la obra del P. Iñigo, que es la que nos vá a servir para localizar el emplazamiento de la botica. En la descripción general del Monasterio, dice:

«Assi mismo tiene tres patios donde residen varias oficinas de molinos, batanes, panadería, expensa o habitación de criados o legos que las gobiernan, cocina, botica y paneras».

Y un poco más adelante, al hablar de la monjía o dormitorio de los monjes:

«la vista de las celdas cae al jardín de la botica, bastante grande y divertido».

Lo de divertido lo dirá porque lindando con el jardín de la botica, se halla el lugar donde «entretienen sus ocios los monjes mozos»; el patio está amenizado con una fuente y es también por donde pasan huéspedes y visitantes. El paseo de los monjes es

«bastante espacioso entre columnas y arcos que mantienen la librería y al mismo tiempo le adornan con un atrio que vuela debajo del columnaje a dar vista al jardín de la botica».

Y al fin, en la descripción de los patios, dice:

«el primero se presenta luego que se entra por la portería; es de mucha amplitud, porque hace unión con el jardín de la botica (6); en este patio está la botica, que coge el tramo que mira al Oriente, y por la parte de afuera, al Poniente, para su despacho».

En estas líneas tenemos el emplazamiento exacto de la botica. Se hallaba en la entrada principal del Monasterio, y la parte que dice al Ponien-

(4) «Historia de la vida del glorioso aragonés, el gran P. S. Iñigo, natural y patrón de la ciudad de Calatayud y Abad del Real Monasterio de San Salvador, de Oña, del Orden de San Benito. Sácala a luz el sobredicho Real Monasterio a expensas de sus devotos hijos; concluyóse el año 1771». Se halla manuscrita en el Monasterio de Oña.

(5) Madrid, 1917. La versión del P. Herrera es una transcripción del VI libro de la obra del P. Barreda, que es una descripción del Monasterio, dejando intacto el texto.

(6) Es decir, el «patio divertido».

te, es la plaza del pueblo. Hoy día, en el gran portalón de entrada se ve, a la izquierda, la puerta de la botica; dicha puerta no tiene señal de ventanillo, pero en la pared hay un trozo con señales de haberse tapado una abertura, que bien pudiera ser la ventana para el despacho del pueblo.

No tenemos noticia de más monje boticario que del último, Fray Bernardo Briones.

En la primera de las exclaustaciones, la decretada por José Bonaparte, el P. Bernardo queda como único habitante del Monasterio, debido a su condición de boticario.

Hallándose Oña en el límite del territorio que la Regencia ha asignado a la División Iberia, que manda el vizcaíno Francisco Tomás de Lonja, el P. Bernardo recibe una orden del General, en la que le comunica que traslade la botica monacal, con su boticario al frente, al pueblo de Nofuentes, donde ha establecido su cuartel y hospital general, pues «necesita una buena botica para su servicio».

El día 10 de noviembre de 1812, se reúnen los tres curas de Oña con su Alcalde y los curas y Alcaldes de Bentretea, Terminón, Cantabrana, Barcina de los Montes, Penches, Pino, Tamayo, Tartalés y Cereceda (7), y elevan al General un memorial en el que dicen:

«que siempre, de inmemorial tiempo a esta parte, se han surtido de todos los medicamentos necesarios para sus dolencias de la botica situada en el Real Monasterio de San Salvador de la citada Oña, por ajuste con los PP. boticarios administradores de ella, y han llegado a entender que V. S. ha comunicado orden a Fray Bernardo Briones, actual boticario de la citada botica, para que se traslade con ella y la coloque en Nofuentes, distante más de tres leguas de un camino costanero, y el más áspero y escabroso que se conoce en la provincia. Si así se verifica, habrá de quedar todo el partido privado del socorro de las medicinas, por no hallarse otra botica en el espacio de más de dos leguas».

Hemos extractado lo más posible, para no alargarnos demasiado. Más adelante le sugieren al General que sería solución establecer en Nofuentes un botiquín surtido de la botica de Oña y dirigido por el mancebo del P. Bernardo, pues así:

«podría trasladarse prontamente con la enfermería misma en caso de repentina irrupción de los enemigos, a paraje seguro, operación impracticable con toda la botica completa». «Por estas consideraciones y otras obvias a la comprensión de V. S., Suplican...»

(7) Estos pueblos formaban el Partido de la Botica.

Al mismo tiempo, el P. Bernardo dirige una detallada exposición al General, exposición que, por lo jugosa e interesante, copiamos al pie de letra:

«Fray Bernardo Briones, Presbítero, Boicario, Administrador de la botica situada en el Real Monasterio de San Salvador, de la villa de Oña, con la sumisión y respeto debidos, expongo: que a consecuencia de la ynopinada orden que tuvo a bien comunicarle V. S., de mi traslación y establecimiento con dicha botica a la villa de Nofuentes, entre en atenta meditación del caso y aluego me fueron ocurriendo los reparos y embarazos siguientes: la traslación exige por necesidad abandonar el armamento y cajonería de la botica, porque no sólo existe fabricado con no leves desembolsos míos a la medida de su oficina o aposentos de su actual situación, sino embutido y fijado a sus paredes, de suerte que no puede removerse sin destruirse e inutilizarse para servicio del común y aun de la Nación, en el caso posible de destinarse este gran Monasterio a hospital de sus ejércitos».

«Exige también se abandonen los hornillos, la prensa o lagatera y demás artefactos edificados a mi costa y fijados en su oficina».

«Exige la construcción de cajones para colocar y conducir todos botes, vasijas y utensilios y símales acopiados para las composiciones y bagajes útiles para su transporte, y para ello no corto tiempo y cantidad de maravedís de que carezco por haber consumido mi peculio, ya en las obras indicadas, ya en la compra de la botica que se vendió por el Gobierno francés (8) porque no recayese en mano extraña y se malograra, ya en los simples para su surtido, ya en la manutención de mi persona, la de un mancebo, y asistencia a la que ha cooperado lo mucho que he contribuído para las enfermerías y particulares individuos de nuestras tropas desde la bajada del Excmo. Sr. Blake y lo extraído por los franceses en la pruridad de sus venidas a este Monasterio con las malas cobranzas del salario de los pueblos del partido por su empobrecimiento e indigente constitución a que se miran reducidos por las gabelas insoportables sufridas durante esta calamitosa y larga guerra».

(8) La frase denota que el Gobierno francés sacó a subasta la botica y la compró el P. Bernardo.

«Exige una casa cómoda en Nofuentes para su colocación, con su huerta o jardín botánico y con facilidad de llevar a ella las aguas necesarias para la elaboración y limpieza».

«Exige, en fin, la construcción de armamento y cajonería, para lo que es indispensable tiempo y dinero».

«Sobre esto se toca el embarazo de transporte de tantas cosas y tan frágiles como las vasijas, por un camino tan escabroso como el de la cuesta de Santé y estrecho de la Oradada, con peligro casi inevitable de resbalos, caídas y tropiezos de los bagajes con sus cargas y la consiguiente fractura de botes, vasijas, y derramamientos con pérdida de los medicamentos que contienen, y se palpa la necesidad de un situado efectivo suficiente y pronto para las copias de los simples, reparación de instrumentos, utensilios y otras cosas precisas a mantener bien surtida la botica y los que la administran».

«A V. S. suplico se sirva resolver..., etc.».

Interesantísima exposición, porque nos dá una descripción bastante detallada de la botica; su lógica argumentación —quizá abultando reparos e inconvenientes,— unida a las del clero y autoridades, no sabemos si hizo mella en el ánimo de Longa o si los avatares de la guerra le alejaron de la comarca. Lo cierto es que el simpático P. Bernardo siguió rigiendo su querida botica, con tanto brio defendida.

En las otras dos exclaustraciones —1820 y 1835— también el mismo monje boticario, el único habitante del Monasterio, como custodio del mismo y autorizado para ejercer. El año 1840 figura su nombre, pues le requieren terminantemente para que entregue las obras de arte a las autoridades; es la última vez que le vemos citado. En 1842 salen a subasta el Monasterio y sus dependencias que pasan a manos particulares. En estos años desaparece la botica. Seguramente a la muerte del P. Bernardo, en fecha que no hemos podido determinar.

Lo cierto es que el año 1853, Don Tomás Ruiz Capillas Carranza, boticario establecido en Burgos, traslada su botica a Oña y se instala —botica y vivienda— dentro del Monasterio, prueba de que la botica monástica había desaparecido, y donde ejerce hasta poco antes de la llegada de los PP. Jesuitas. Su hijo, también boticario, que le sucede, nació dentro del Monasterio. Su nieto Don Antonio Ruiz Capillas, al frente de la botica en el pueblo de Oña, es quien nos ha suministrado estos datos.

NOTA.—Después de publicado el anterior trabajo, encontramos el año 1957, en una tienda de antigüedades de la ciudad de Burgos, una orza de 16 cm. de altura ornamentada con un escudo, con un castillo campeando en su campo: este motivo es el escudo de Monasterio de Oña, como blasón heráldico que fue del fundador.

Ese mismo año de 1757, el Boletín de la Institución Fernán-González, en su número 139, publicaba un trabajo del P. Sebastián Bartina, S. J. en que estudiaba los restos cerámicos aparecidos en unas obras realizadas dentro del Monasterio de Oña, y apuntaba la hipótesis de la existencia antiguamente de alguna alfarería dentro del recinto monástico: los restos hallados son toscos, rudimentarios, de sabor popular, de manufactura poco artística. De estas mismas características es la orza citada, que es, pieza policromada en azul, verde claro y amarillo; ¿procederá de la botita del Monasterio de Oña, manufacturada en él?. Publicamos su fotografía.

RAFAEL DE LIZARRAGA

Queremos aprovechar nuevamente la ocasión para reiterar nuestro agradecimiento al prestigioso colaborador y querido amigo Sr. Lizárraga Lecue, por haber dedicado sus investigaciones a la historia burgalesa, y por habernos dedicado las primicias de sus recientes descubrimientos.

G. M. OJEDA